

ATENEA

—Es un placer conocerle, Dr. Martin. Hemos revisado su currículum con detenimiento y debo decirle que pocas veces nos encontramos con una trayectoria tan excepcional: varios doctorados en ciencias e ingeniería y una capacidad demostrada para moverse con igual soltura tanto en la teoría como en la práctica.

Pero lo que nos llevó a considerarle el candidato ideal para este nuevo proyecto es algo más difícil de encontrar en un expediente. Sus trabajos revelan una mente rigurosa y, al mismo tiempo, dispuesta a transgredir los límites de lo establecido cuando la situación lo exige. Y a eso se suma un detalle muy importante: que usted no tiene ataduras familiares que puedan condicionarle.

Mientras escuchaba, Daniel Martin se recreaba en las magníficas vistas de Singapur que se extendían tras los grandes ventanales del despacho situado en la última planta del rascacielos que coronaba la sede de la todopoderosa Orbisystems.

Sin embargo, nada le resultaba tan sorprendente como la persona que tenía delante. Jamás habría imaginado, al acudir a la entrevista, que sería recibido por la propia presidenta de la compañía: Victoria Liu, multimillonaria y una de las mujeres más poderosas del planeta. De rasgos asiáticos y europeos combinados a la perfección, poseía una belleza cautivadora, y su sola presencia desprendía autoridad.

—La verdad es que solo he venido a la entrevista por curiosidad —respondió Daniel. De tez morena y pelo oscuro, con las primeras canas en las sienes, daba la impresión de no preocuparse demasiado por su apariencia. Sin embargo, bastaba cruzar unas palabras con él para advertir una curiosidad e inteligencia fuera de lo común.

Hizo una breve pausa, como si estuviera sopesando hasta qué punto debía mostrarse sincero.

—Me intrigaba esa supuesta oferta de investigación que, según me dijeron, sería imposible rechazar. Pero, siendo sincero, dudo que su compañía pueda ofrecerme algo que realmente despierte mi interés.

—Me temo que se equivoca —replicó Victoria con una ligera sonrisa—. Si todo sale como esperamos, tendrá la oportunidad de descubrir cosas que jamás habría imaginado y que nadie ha explorado antes. Y, si no sale bien, apenas habrá perdido unos meses de su vida a cambio de una compensación que le permitirá elegir qué investigar durante el resto de su carrera, sin depender de nadie.

Daniel se pasó la mano por la barbilla, pensativo.

—¿Y dónde está la trampa? Nadie ofrece tanto por una simple investigación.

La expresión de la presidenta se volvió más seria.

—No se trata de una investigación cualquiera. Podría cambiar nuestra comprensión del universo. Pero exige ciertas condiciones. No recibirá ninguna información sobre el proyecto hasta que firme el contrato con la cláusula de confidencialidad. Además, tendrá que permanecer aislado del mundo durante tres meses; es imprescindible para no contaminar el experimento. Solo tendrá contacto conmigo y no verá a nadie más, salvo en caso de emergencia médica.

Victoria se recostó ligeramente en su asiento, sin apartar la mirada.

—El laboratorio se encuentra en una instalación totalmente aislada donde no le faltará de nada... salvo compañía. Tendrá una semana para decidirse y, si finalmente acepta, para dejar sus asuntos en orden.

—Una última pregunta: ¿por qué me han elegido a mí, cuando hay científicos con un historial mucho más brillante? —replicó Daniel.

—Usted es solo uno de los elegidos —respondió Victoria con un tono de aparente indiferencia—. El experimento se llevará a cabo en más de diez emplazamientos aislados entre sí. Y, aunque nos encantaría contar con su participación, si decide rechazar la oferta, tenemos una larga lista de candidatos que no dudarán en aceptarla.

Al día siguiente, Daniel aceptó la oferta. No por la investigación en sí, ni mucho menos por el dinero. Le convenció su propia curiosidad; la idea de quedarse sin saber en qué consistía todo aquello le resultaba sencillamente insoportable.

Al cabo de una semana, emprendió el viaje. Se había despedido de sus pocas amistades con la excusa de unas vacaciones y había solicitado una excedencia en la prestigiosa universidad donde trabajaba. Excedencia que le fue concedida con una facilidad sospechosa; estaba claro que alguien muy influyente debía de haber intervenido.

Tras un largo vuelo en avión privado, con las ventanillas cerradas, llegó a su destino sin tener la menor idea de dónde se encontraba. Al descender, se encontró en el interior de un hangar completamente cerrado, donde lo esperaba la propia Victoria Liu.

—Bienvenido, Dr. Martin —dijo ella con una sonrisa mientras le estrechaba la mano—. Se encuentra usted en uno de los centros de investigación más importantes de nuestra compañía. Su ubicación es secreta por motivos de seguridad. Será un placer acompañarle personalmente a lo que será su hogar durante los tres próximos meses. No

se preocupe por su equipaje; un robot de servicio se encargará de llevarlo a su dormitorio.

Daniel se colgó la mochila con sus efectos personales al hombro y la siguió en silencio por una sucesión de pasillos hasta detenerse frente a las puertas de un ascensor.

—Debo informarle de que las instalaciones donde va a trabajar se encuentran a veinte metros bajo tierra, completamente aisladas de cualquier tipo de radiación —explicó Victoria—. Esta es su última oportunidad de renunciar. Una vez descendamos, ya no verá ni hablará con nadie, excepto conmigo, hasta que finalice la investigación.

—No hay problema. Iré practicando para cuando me meta a monje de clausura —contestó bromeando Daniel—. Adelante, subamos al ascensor.

Tras un breve descenso, se volvieron a abrir las puertas. Lo que Daniel encontró ante sus ojos no tenía nada que ver con lo que había imaginado: un lujoso salón con grandes pantallas que simulaban a la perfección ventanales abiertos a una playa paradisíaca, y una impresionante joven pelirroja que los esperaba.

—Hola, doctor. Soy Alba, su ayudante personal.

—Pensaba que iba a estar solo estos meses —dijo Daniel, todavía sorprendido—. Aunque, bueno... no tengo nada que objetar.

—Y será el único humano —respondió la presidenta Liu con calma—. Alba es una de nuestras androides más avanzadas, prácticamente indistinguible de una humana. Será su enlace conmigo y con el exterior, y le ayudará en todo lo que necesite. Tiene acceso a la red y conocimientos en todas las ramas de la ciencia.

Alba intervino con una voz suave y armoniosa:

—También gestiono estas instalaciones. Si necesita algo, no tiene más que pedírmelo. Hay comunicadores en todas las estancias.

Daniel asintió levemente.

—Gracias, Alba. La verdad es que me tranquiliza saber que no estaré completamente solo. Nunca había visto un modelo tan avanzado como tú. Es... impresionante.

Alba le respondió con una sonrisa.

—Después, ella misma le mostrará el resto de la zona residencial y los laboratorios —añadió Victoria—. Pero antes, sentémonos. Quiero explicarle en qué consiste la investigación y cuál será exactamente su papel.

Señaló los sillones y el sofá. Daniel eligió uno y se acomodó en él.

—No sabe cuánto tiempo llevaba esperando este momento. Desde nuestra primera reunión no he podido dejar de pensar en ello.

Victoria se sentó en el sofá, junto a Alba.

—Todo comenzó en una convención de jóvenes científicos. Una chica me hizo una pregunta muy habitual: si los grandes científicos que conocemos no hubieran existido, ¿habría llegado la ciencia a las mismas conclusiones? Le respondí que probablemente sí; que la ciencia habría alcanzado resultados muy similares, aunque de forma más lenta y por caminos distintos.

—Pero entonces ella fue más lejos. Me preguntó si era posible que algunas de nuestras teorías actuales fueran distintas si hubiesen existido otros científicos diferentes; si podríamos conocer ya aspectos de la ciencia que todavía hoy permanecen sin explicar o, por el contrario, desconocer otros que ahora damos por demostrados.

Victoria dirigió la mirada al doctor Martin.

—¿Qué le habría respondido usted?

Daniel reflexionó unos segundos antes de contestar.

—Nunca me lo había planteado; al fin y al cabo, la historia es la que es y no la podemos cambiar. Pero creo que le habría contestado que quizás sí. Tal vez la ciencia depende tanto de la realidad como del camino que seguimos para descubrirla... aunque nunca lleguemos a saberlo.

Victoria sonrió, como si aquella última frase fuese exactamente lo que estaba esperando oír.

—¿Y si le dijese que puede que sí lo podamos saber? Y que en eso va a consistir su investigación.

—No me diga que han descubierto cómo viajar a realidades paralelas —dijo con sorna Daniel—. ¿Cómo va a ser posible?

La presidenta Liu respondió con una calma a la que parecía estar acostumbrada:

—Como ya sabe, nuestra empresa lleva varias décadas siendo pionera en procesadores cuánticos e inteligencias artificiales. En estas instalaciones se encuentra nuestra última creación: Atenea, una IA muy superior a cualquiera que haya utilizado. Es capaz de cuestionar y aprender por sí misma, sin necesidad de entrenamiento previo. Razona como un cerebro humano, aprende interactuando con su entorno, pero millones de veces más rápido.

—La hemos programado para que intente comprender cómo funciona todo a su alrededor, para que intente explicar la realidad desde cero. Le proporcionaremos todos

los datos que solicite, pero nunca conclusiones; deberá desarrollar su propio método científico y formular sus propias leyes y teorías. Solo entonces podremos comparar sus resultados con los alcanzados por la humanidad a lo largo de los siglos y descubrir si el camino de la ciencia era único o si existían otros posibles.

—¿Y qué pinto yo en todo esto? —preguntó Daniel.

—Su papel es crucial —respondió Victoria—. Deberá decidir libremente, con la ayuda de Alba, qué datos proporcionar a Atenea sin influir en sus avances y facilitarle los resultados de cualquier experimento que solicite. El camino de la investigación dependerá de sus decisiones. Cientos de laboratorios de todo el mundo colaborarán con nosotros para realizar los experimentos que no puedan llevarse a cabo aquí.

Daniel frunció el ceño, pensativo.

—No sé qué pensar. Tengo mis dudas de que funcione, pero debo reconocer que vale la pena intentarlo. Si lo consigue, podríamos obtener conclusiones que cambiarían nuestra forma de entender la ciencia. La verdad es que supera con creces todas las expectativas que tenía.

Victoria se levantó de su asiento.

—Me alegra que le haya interesado nuestra idea. Debo marcharme. A partir de ahora, tendrá que enviarme un informe diario con los avances de Atenea. Y, si considera que ha obtenido resultados especialmente relevantes, vendré en persona. Ya sabe que no puede abandonar estas instalaciones, pero todo lo que necesite se lo harán llegar los robots asistentes. Alba le explicará cualquier detalle que desee conocer.

—Suerte, doctor Martin. Espero tener buenas noticias pronto —añadió mientras entraba en el ascensor.

Nada más cerrarse las puertas, Alba desvió la mirada hacia Daniel.

—Acompáñeme, doctor. Le mostraré el resto de las instalaciones. Dispone de varias habitaciones con baño; puede elegir la que más le guste. En la cocina encontrará de todo. Puede cocinar usted mismo o pedir a un robot de servicio que le prepare lo que desee.

La zona residencial resultaba muy acogedora y las vistas, aunque virtuales, daban la sensación de estar en un espacio abierto. Contaba con biblioteca, gimnasio e incluso un pequeño jardín interior. Los laboratorios eran impresionantes, los más completos que había visto nunca. Estaban equipados con decenas de robots de todo tipo, dispuestos a asistirle. Daniel escogió uno de los múltiples despachos disponibles como lugar de trabajo.

Atenea, por su parte, se encontraba en una sala inaccesible y hermética, con temperatura y humedad estrictamente controladas.

Había sido un día muy intenso para Daniel y estaba cansado. Eligió una habitación y pidió a Alba que le sirvieran la cena allí. Quería estar solo para reflexionar sobre todo lo ocurrido y acostarse pronto. El día siguiente prometía ser muy interesante.

Esa noche durmió poco, dándole vueltas a cómo abordar el problema. Aun así, se levantó temprano y, tras un completo desayuno, se reunió con Alba en el despacho para que le explicara algunos detalles.

—Buenos días, doctor —saludó Alba nada más entrar, con su sonrisa habitual—. Espero que haya descansado bien. ¿Tiene ya alguna idea de cómo abordar la investigación?

Daniel la miró detenidamente, intentando encontrar algún gesto que delatara su naturaleza artificial. Pero era perfecta hasta el último detalle.

—Hola, Alba. Tengo algo pensado para comenzar, pero primero quiero que me aclares algunas dudas. ¿Tengo total libertad para llevar a cabo la investigación como yo desee?

—Por supuesto, doctor. Puede plantearla como quiera, siempre que no interfiera en los razonamientos de Atenea.

—Y, como me explicó la presidenta Liu, ¿no soy el único científico que ha realizado este mismo experimento?

—Así es. Sin embargo, desconozco cuántos lo han llevado a cabo, cuándo lo harán o si ya lo han hecho.

Daniel asintió, pensativo.

—Entonces eso cambia mi enfoque de la investigación. Intentaremos hacer algo diferente. Vamos a estudiar cómo habría avanzado la ciencia si los primeros seres inteligentes de la Tierra no hubieran sido humanos, sino seres con unos sentidos mucho más desarrollados. Para que Atenea pueda aprender por sí misma, supongo que podrá conectarse a unidades externas que le proporcionen sus sentidos, ¿no?

—Sí, claro —contestó ella—. Disponemos de varios tipos de unidades robóticas que se pueden equipar con lo que usted desee. Ya tiene un informe disponible en su ordenador. Supuse que sería de las primeras cosas que me solicitaría.

—Perfecto —dijo Daniel, mientras una pantalla holográfica se desplegaba sobre la mesa—. Comencemos a diseñar el experimento.

Dos días después, conectaron a Atenea a una serie de unidades robóticas que consistían, básicamente, en esferas con ocho brazos articulados. Estaban equipadas con sensores que le permitían percibir no solo la luz visible, sino todo el espectro electromagnético, así como captar sonidos de cualquier frecuencia. También disponían de sensores táctiles y olfativos muy superiores a los humanos, además de receptores de campos eléctricos y magnéticos.

Atenea era como un bebé recién nacido, debía aprender a interpretar las señales que recibía de sus sensores y a manejar sus propias extremidades. Sin embargo, aquel proceso, que en un humano llevaría meses, le llevó apenas unos segundos. Enseguida comenzó a explorar su entorno, analizando todo lo que encontraba a su paso.

Al cabo de unos días, empezaron a proporcionarle acceso a datos de toda la Tierra, incluidos los referentes a los seres humanos y sus lenguajes, pero sin mostrarle nada relacionado con la tecnología.

Una semana después de iniciar el experimento, Daniel decidió dar el siguiente paso y estableció contacto con ella. Debía explicarle que podía acceder a todos los datos de experimentos realizados por humanos que solicitase y que, si quería llevar a cabo alguno nuevo, se encargaría de organizarlo en el menor tiempo posible. Aun así, dejó claro que cualquier conclusión debería alcanzarla por sí misma.

Y así fue como, en apenas un mes, adquirió conocimientos de matemáticas y de todas las ciencias que los humanos habían tardado milenios en aprender. Para asombro de Daniel, aunque no había descubierto nada verdaderamente nuevo, sí había llegado a ciertos resultados por caminos completamente distintos a los seguidos por la ciencia humana.

Ahora se encontraba inmersa en el estudio de la gravedad cuántica y había comenzado a solicitar experimentos que nunca antes se habían realizado. Por suerte, Orbisystems contaba con acceso a laboratorios con la última tecnología y disponía de algunos de los aceleradores de partículas más avanzados del planeta.

El día cuarenta y tres del experimento, Daniel y Alba contactaron con Atenea, como cada mañana, para que les informara de sus avances.

—Hola, Daniel. He progresado mucho en mis últimas investigaciones, pero me gustaría realizar algunos experimentos en una estrella cercana a un agujero negro. He diseñado una sonda con los sensores necesarios para enviarla a Gaia BH1.

La expresión de asombro de Daniel era indescriptible. Aquello era imposible: esa estrella se encontraba a mil quinientos años luz de la Tierra.

Intentando disimular su desconcierto, preguntó:

—¿Y qué has pensado exactamente?

Atenea respondió con su habitual voz neutra:

—Una sonda pequeña, para minimizar el consumo de energía; solo lo imprescindible para albergar los sensores. Te envío mis avances teóricos, el diseño de la sonda y el de la máquina capaz de plegar el espacio y acercar el punto de destino a la Tierra. Para ahorrar tiempo y recursos, podría adaptarse la máquina que supongo utilizáis los humanos para vuestros viajes espaciales. Imagino que su tecnología será similar.

Daniel intercambió una rápida mirada con Alba antes de responder. Por el momento, no quería revelar a Atenea que los humanos no disponían de esa tecnología, ni siquiera de los más mínimos conocimientos necesarios para desarrollarla.

—De acuerdo, Atenea. Estudiaremos tu propuesta e intentaremos llevarla a cabo lo antes posible. Mientras tanto, continúa ampliando la base matemática con los datos de los que ya dispones.

Daniel se quedó mirando, pensativo, los informes que acababa de recibir de Atenea y luego alzó la vista hacia Alba.

—Vamos a revisarlos a fondo. Si no hay ningún error... acaba de realizar uno de los mayores descubrimientos de la historia. Comprueba también si alguno de los experimentos que ha llevado a cabo para llegar a estas conclusiones fue realizado anteriormente por algún científico.

Cuatro horas después, cuando Daniel apenas había comenzado a analizar los resultados de los primeros experimentos, notó la mirada fija de Alba sobre él.

—No encuentro ningún error. Todo parece coherente. Su teoría se sostiene y su máquina pliega el espacio como un acordeón, acercando dos puntos hasta casi hacerlos coincidir. Permitirá viajar a cualquier lugar del universo en un instante.

Daniel la miró, incrédulo. Alba continuó:

—He realizado una revisión bibliográfica y he encontrado algunos experimentos similares a los que ha utilizado Atenea para llegar a estas conclusiones. Sin embargo, corresponden a fases muy iniciales, y los científicos que los realizaron no extrajeron ninguna conclusión de los datos que obtuvieron. Se los envío ahora.

—Gracias, Alba. Avisa a la presidenta Liu, que venga lo antes posible. Debemos informarle de nuestro descubrimiento... bueno, del de Atenea. Mientras tanto, seguiré revisando los informes.

Esa noche, Daniel apenas pudo dormir, tratando de asimilar lo sucedido. A la mañana siguiente, se despertó sobresaltado al escuchar la voz de Alba en el comunicador:

—Doctor, la presidenta Liu acaba de llegar. Le esperamos en el salón. Con su permiso, mientras se asea y desayuna, iré poniéndola al día de lo acontecido.

—Sí, claro. Acudo en unos minutos —respondió Daniel.

Cuando llegó al salón, Victoria y Alba lo esperaban sentadas en el sofá.

—Buenos días, doctor Martin —saludó Victoria—. Alba ya me ha informado de los últimos descubrimientos de Atenea. De ser correctos, supondrán un cambio radical en la historia de la humanidad: la posibilidad de viajar por el universo y colonizar otros planetas.

—Sí... la verdad es que es impresionante —contestó Daniel, cabizbajo, evitando la mirada de Victoria—. Ni en mis mejores sueños habría imaginado que Atenea llegaría a descubrir algo así. Pero, desde que vi los resultados, no he dejado de darles vueltas, y las conclusiones a las que he llegado son bastante preocupantes.

Victoria frunció ligeramente el ceño, inclinándose hacia él.

—No le entiendo, Daniel. Debería estar entusiasmado con estos hallazgos.

Daniel respiró hondo antes de responder.

—Se lo explico, presidenta. Tras analizar los primeros resultados, me pregunté por qué ningún humano había empezado a investigar en esa dirección. Aunque probablemente todavía harían falta décadas para desarrollar una tecnología capaz de viajar por el espacio de ese modo, ya debería haber indicios, descubrimientos que apuntaran hacia ello. Y, efectivamente —añadió tras un momento de reflexión—, se realizaron varios experimentos por distintos equipos de investigación que podrían habernos llevado por ese camino... pero los resultados que obtuvieron no les permitieron llegar a ninguna conclusión.

Victoria se cruzó de brazos, con gesto escéptico.

—Quizás los investigadores que los realizaron no estaban capacitados para interpretarlos, o simplemente no los realizaron correctamente.

Daniel negó lentamente con la cabeza.

—Eso pensé en un principio. Pero, tras estudiarlos y compararlos con los realizados por Atenea, parecía que faltaban datos clave. Se los envié a Atenea para que me diera su opinión, y su respuesta fue clara: estaban manipulados, como si alguien quisiera evitar que la ciencia avanzara en esa dirección.

Victoria se incorporó ligeramente en el sofá, visiblemente desconcertada.

—¿Y por qué iba alguien a querer impedir un descubrimiento semejante? Y, aun suponiendo que tuviera esa intención, ¿cómo podría tener el poder suficiente para manipular los datos de experimentos realizados en lugares tan distintos del mundo?

Daniel alzó la vista, con una expresión seria.

—Eso mismo me pregunté yo. ¿Cómo iba alguien a tratar de evitar algo que aún no había ocurrido, algo que ni siquiera sabíamos que era posible? Y entonces llegué a una conclusión inquietante: ya existe alguien que lo ha descubierto... alguien que ha viajado hasta nuestro planeta y que no quiere que los humanos accedamos a esa tecnología.

Victoria sonrió, incrédula.

—No me diga que está pensando en extraterrestres.

Daniel se encogió ligeramente de hombros, consciente de lo que implicaban sus palabras.

—¿A quién más podría importarle que viajásemos por el espacio? Ya sé que es muy improbable localizar otras formas de vida inteligente en la inmensidad del universo, aun suponiendo que existan. Pero, si fuera posible desplazarse en muy poco tiempo de un extremo a otro de la galaxia, una civilización que llevara milenios disponiendo de esa tecnología podría haber explorado millones de sistemas solares y, con algo de suerte, habernos encontrado.

—¿Me está diciendo que cree haber descubierto una gran conspiración de seres de otro planeta? —preguntó Victoria entre sorprendida y divertida.

—Sí. Es más, creo que usted trabaja para ellos —contestó Daniel con mirada seria—. Atando cabos, me he dado cuenta de que esta tecnología —Atenea, Alba— no la hemos alcanzado todavía los humanos. Lo que no entiendo es qué pinto yo en todo esto... ni cuál es el propósito real de este experimento.

Victoria guardó silencio un instante y, de pronto, soltó una carcajada.

—Debo admitir que me ha impresionado con sus deducciones —dijo, aún con una leve sonrisa—. Ha acertado casi en todo. No trabajo para ellos... soy una de ellos.

Se recostó ligeramente en el sofá, observándolo con calma.

—Llegamos a la Tierra hace milenios y aprendimos a modificar nuestros genes para adoptar una apariencia similar a la vuestra.

Continuó con tono más serio:

—Según nuestras estimaciones, en tres o cuatro décadas los humanos dispondréis de la tecnología necesaria para desarrollar una inteligencia artificial comparable a

Atenea. Queríamos saber si, con vuestros conocimientos, podríais descubrir cómo viajar por el espacio. Y ahora sabemos que sí.

Sus ojos se clavaron en Daniel.

—Aunque tus predecesores no lo lograron, tú lo has conseguido. Y eso cambia las cosas. Ahora tendremos que evitar que lleguéis a desarrollar algo parecido a Atenea.

—¿Y por qué queréis evitar que podamos viajar por el espacio? —preguntó Daniel, intentando mantener la calma.

—Porque aún no estáis preparados para entrar en contacto con otras civilizaciones —respondió Victoria con serenidad, pero con firmeza—. Vuestra inteligencia es comparable a la nuestra, pero seguís siendo una especie profundamente violenta. Quizás dentro de unos siglos.

Daniel bajó la mirada.

—¿Y qué va a pasar conmigo? No creo que baste con prometer que no contaré nada de lo sucedido aquí.

Victoria negó suavemente con la cabeza.

—Lo sentimos, pero no. Aunque no tienes de qué preocuparte, no te haremos daño. Se inclinó ligeramente hacia él con un gesto conciliador.

—Hace siglos creamos una colonia humana en un planeta muy similar a la Tierra, como medida de preservación de vuestra especie ante una posible catástrofe natural... o ante vuestra propia autodestrucción.

Lo miró fijamente con una leve sonrisa y añadió:

—Estás a punto de comprobar por ti mismo cómo se viaja por el espacio.

Atenea

© José Luis Marqués Martín-Sacristán, 2026.

Todos los derechos reservados.

Este documento se ha descargado de forma gratuita y autorizada exclusivamente a través de www.uv.es/jmarques.

Queda estrictamente prohibida la reproducción total o parcial de este texto, su transformación (adaptaciones, audiolibros, traducciones) o su distribución en cualquier otra plataforma o formato sin el permiso previo y por escrito del autor.